

## IV DOMINGO DE ADVIENTO

**Basílica de Ntra. Sra. De la Encina**

**Ponferrada, 20 de diciembre de 2015**

He querido que mi primera visita después de la toma de posesión de la diócesis de Astorga fuera a este Santuario de Nuestra Señora de la Encina donde es venerada con gran devoción la imagen de la Virgen desde tiempo inmemorial por todos los fieles de la ciudad de Ponferrada y la comarca de El Bierzo.

Vengo a ponerme humildemente a los pies de Santa María para pedirle su intercesión a fin de que Dios bendiga el ministerio episcopal que acabo de comenzar entre vosotros de modo que sea fecundo y produzca muchos frutos de santidad en todos los files.

Hace quince días a esta misma hora estaba delante de la imagen de Nuestra Señora de Covadonga en la Santa Cueva. Me despedía con nostalgia de aquel santo lugar y con mis ojos humedecidos por las lágrimas le pedía a la Virgen que me siguiera acompañando como me había acompañado hasta el momento. Así es. El Señor en su infinita providencia dispuso que en todas las misiones pastorales encomendadas tuviera cerca un santuario de la Virgen donde me retiraba a rezar o una celebración mariana en la que comprobaba en la fe de las gentes y su amor por María cómo se cumple la promesa de la Virgen en el *Magnificat*: “Me felicitarán todas las generaciones.

Doy gracias al Señor porque en su Madre encontramos todos sus discípulos consuelo y auxilio para nuestras penas y dolores.

Las oraciones de la Misa y las lecturas de la Palabra de Dios que acabamos de proclamar en este cuarto domingo del Adviento nos sitúan ya ante el Misterio de la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de la Virgen. En el antiquísimo himno “*Cruce fidelis*” se describe este momento histórico en el que el Verbo se hace carne con

estas hermosas palabras:

¡Oh plenitud del tiempo consumado!

Del seno de Dios Padre en que vivía,  
ved la Palabra entrando por María  
en el misterio mismo del pecado.

Contemplemos con gozo cómo sale la Palabra, es decir, Cristo, del seno del Padre y “entra por María en el misterio mismo del pecado” fijémonos cómo “María, en expresión de san Justino, al aceptar el mensaje del ángel concibió en su seno “fe y alegría” (San Justino, Diálogo con Trifón) Yo añadiría que también concibió el Amor.

Efectivamente, la Virgen María, al concebir en su seno el Amor de los Amores, siente en su interior una urgencia: servir a su prima Isabel que la necesita porque va a dar a luz. Se pone, a prisa, en camino para entregar su tiempo, su vida y su amor a su querida prima y a la criatura que va a nacer de su vientre. María emprende este camino hacia Isabel porque creyó a las palabras del arcángel Gabriel. Así se lo reconoce su prima al saludarle con estas palabras: “Bendita tu que has creído”. El amor y la fe en el amor hacen posible un nuevo ambiente en el mundo y en las relaciones entre las personas. Es el ambiente de la alegría: María lo proclama a voz en grito diciendo ante Isabel “se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador” y Juan Bautista responde desde el seno saltando de gozo.

Queridos hermanos: Lo que sucede en la Virgen María al concebir en su seno al Verbo encarnado, sucede a todo hombre que, con la ayuda de la gracia de Dios, acoge en su vida la Palabra del Evangelio y la hace vida de su propia vida: Se convierte en un hombre nuevo que irradia fe, amor y alegría y con estas nuevas actitudes transforma el ambiente familiar y social.

Benedicto XVI expresó esta experiencia del Misterio de Dios encarnado en nuestro corazón con estas palabras: “Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.” Efectivamente, Dios nos amó primero y de ese amor primero nace nuestro verdadero amor al prójimo. De este modo el amor cristiano es un amor fuerte, consistente, perenne, capaz de dar la vida, de perdonar y de permanecer amando en medio del odio, del pecado y de la guerra como hacen hoy muchos hermanos nuestros en los países del Oriente Medio

y del África Central: Siria, Afganistán, Irak, Nigeria y otros lugares donde son perseguidos. Ellos permanecen porque les urge el amor de Cristo que los amó primero y se entregó por todos los hombres. Nosotros también experimentamos esta misma urgencia de amar a los demás, especialmente a los más débiles. Vuestras comunidades parroquiales han dado muestras de esta solicitud por los demás en momentos duros de crisis económica o de reconversiones mineras. Todos los cristianos de Ponferrada y su comarca habéis respondido para dar las mejores soluciones desde la organización de Cáritas y el compromiso personal. Es necesario permanecer en ese amor y no decaer ni desanimarse. Un cristiano nunca se puede jubilar de la tarea de hacer el bien al prójimo.

El motor que mueve en nosotros el amor es la fe en el Hijo de Dios hecho hombre como le sucedió a la Virgen en el momento de la concepción del Verbo. Creyó y por eso amó. La fe es un don de Dios a cada persona que libremente la acepta o no. Para ayudar a los demás a descubrir la fe, el Señor nos pide como le pidió a san Pablo que prediquemos su Palabra a tiempo y a destiempo. Esto es lo que hacemos en las casas cuando los padres transmiten la fe a su hijos, en las parroquias cuando los catequistas y el sacerdote catequiza, en la calle cuando aprovechamos cualquier ocasión para presentar la fe e invitar a nuestros convecinos a abrazarla como un don de Dios.

Los cristianos somos los más dichosos de los hombres porque sabemos que unidos a Cristo nunca se apagará en nosotros la fe y el amor cuyo fruto más inmediato es la alegría. Dice el Papa Francisco en la Encíclica *Lumen Fidei*: “En la Madre de Jesús, la fe ha dado su mejor fruto, y cuando nuestra vida espiritual da fruto, nos llenamos de alegría, que es el signo más evidente de la grandeza de la fe.” Esta alegría que nace de la fe es lo más característico de la Navidad. Por eso, aunque la sociedad y la cultura caminen por sendas de secularismo y laicismo, eliminando todo lo que huele o suena a Dios, el cristiano sabe que la fuente de su alegría no es algo externo que se compra o se vende en el mercadillo de Navidad, sino el encuentro con Cristo como sabiamente nos dice el Papa en las primeras palabras de la Exhortación *Evangelii gaudium*: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por

Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1)

Unidos a la Virgen María celebremos con caridad, con fe y con alegría la fiesta del Nacimiento del Señor y dejémonos tocar por su amor para que podamos tocarlo en la fe y toda nuestra vida se llene de alegría y gozo.